

“LOS SECRETOS DE JESÚS, MI ÚNICO AMOR”

Pedro Sergio Donoso Brant

Comunicación II Congreso Internacional Santa Teresa de Lisieux

CITeS: Universidad de la Mística, Ávila, España

2-7 de Septiembre 2024



Esta breve comunicación, cuya fuente es el Manuscrito “B” de Teresita de Lisieux, la pequeña alma enamorada de su esposo Jesús y la iglesia, revela su intenso amor a Jesús, su apasionada sed de Jesús, su único amor. Como la sed de amor en la samaritana, donde Jesús no vacila en mendigarle un poco de agua, Él tenía sed y le pide «Dame de beber». Y dice Teresita: “Sí, me doy cuenta, más que nunca, de que Jesús está sediento”.

Teresita le escribe a su madrinita, su hermana Maria, que también asumió como su madre tras la entrada de su hermana Paulina en el Carmelo.

Esta carta es como si vislumbrara una despedida, ya que Teresita le escribe: “Querida hermana, me pides que te deje un recuerdo de mis ejercicios espirituales, ejercicios que quizás sean los últimos”. Luego le recuerda a Maria el día que hablo por ella prometiendo en su nombre “que no quería servir más que a Jesús” y también le dice que: “la ama como sólo

una hija sabe amar a su madre” por tanto, le manifiesta: “Sólo en el cielo conocerás toda la gratitud de que rebosa mi corazón...”

Teresita sigue representando en palabra con su pluma en la carta: “Hermana querida, tú querrías escuchar los secretos que Jesús confía a tu hijita. Yo sé que esos secretos te los confía también a ti, pues fuiste tú quien me enseñó a acoger las enseñanzas divinas”.

Teresita le expresa que: “siente que a la palabra humana le resulta imposible expresar ciertas cosas que el corazón normal apenas si puede vislumbrar...” y sigue: “No creas que estoy nadando entre consuelos”. No sé qué sentido tiene esta expresión para Teresita, pero la interpreto esta como moviéndose sin tocar el suelo sin otro apoyo más que su amor a Jesús y sigue luego: “No, mi consuelo es no tenerlo en la tierra...” no obstante ella siente que su amado Jesús la; “instruye en secreto”, el callado amor que habla al alma en “el silencio y la sequedad”. Ese amor que la hace reflexionar: “Comprendo tan bien que, fuera del amor, no hay nada que pueda hacernos gratos a Dios, que ese amor es el único bien que ambiciono”.

Ciertamente Teresita tiene mucha conciencia que: “Jesús no pide grandes hazañas, sino únicamente abandono y gratitud...He aquí, pues, todo lo que Jesús exige de nosotros. No tiene necesidad de nuestras obras, sino sólo de nuestro amor”.

Y sigue Teresita: “Como la sed de amor”, como ya he dicho, del relato de la samaritana, donde Jesús tenía sed y le pide «Dame de beber». Y piensa que “Jesús está sediento” , sediento de amor.

Y apunta Teresita con su pluma: “Al escribir, me dirijo a Jesús; así me resulta más fácil expresar mis pensamientos...”

Pequeñita y humilde ante el amor inmenso a Jesús, Teresita le habla desde su pequeña alma “¡Jesús, Amado mío!, ¿quién podrá decir con qué ternura y con qué suavidad diriges tú mi pequeña alma!”.

Y escribe Teresita: “Jesús...pensando en los sueños misteriosos que a veces concedes a ciertas almas, me decía a mí misma que debía de ser un consuelo muy dulce tener uno de esos sueños...” ser esposa de su amado.

Enamorada de Jesús, a quien le llama “amado mío” y que además se sabe que en el dintel de su celda grabo: “Jesús es mi único amor”, desea Teresita ser esposa de su amado Jesús, pero además de ser carmelita, ser por su unión con él madre de almas, pero no contenta con solo eso, Teresita siente desde su interior otras vocaciones : “sentía la vocación de guerrero, de sacerdote, de apóstol, de doctor, de mártir. En una palabra, sentía la necesidad, el deseo de realizar por Jesús, las más heroicas hazañas... Sentía en su alma el valor de un cruzado, de un zuavo (Soldado argelino) pontificio. Quería morir por la defensa de la Iglesia en un campo de batalla...”

Comenta Teresita: “Siento en mí la vocación de sacerdote”, vocación de amor para conquistar alma para Jesús, por eso luego dice: “¡Con qué amor, Jesús, te llevaría en mis manos cuando,

al conjuro de mi voz, bajaras del cielo...! ¡Con qué amor te entregaría a las almas...! ...”¡Oh, Jesús, amor mío, mi vida...”

Ciertamente, a pesar de estar en el claustro, tenía Teresita vocación de apóstol... Quería recorrer la tierra, predicar en el nombre de Jesús y plantar su cruz gloriosa en suelo infiel y le decía a su amado que una sola misión no sería suficiente para ella. Quería anunciar el Evangelio al mismo tiempo en las cinco partes del mundo, y hasta en las islas más remotas... Quería ser misionera no sólo durante algunos años, sino haberlo sido desde la creación del mundo y seguirlo siendo hasta la consumación de los siglos...

Y desde el centro de su corazón Teresita expresa: “Pero, sobre todo y por encima de todo, por su amado Salvador, quería derramar por él hasta la última gota de su sangre...” Al pensar en los tormentos que sufrían los cristianos en tiempos del anticristo, sentía que su corazón se estremecía de alegría y quería que esos tormentos estuviesen reservados para ella...y decía: “Jesús, Jesús, si quisiera poner por escrito todos mis deseos, necesitaría que me prestaras tu libro de la vida...Jesús mío, ¿y tú qué responderás a todas mis locuras...?”

Como estos sus deseos le hacían sufrir durante la oración un verdadero martirio, abrió la Biblia y sus ojos se encontraron con San Pablo los capítulos 12 y 13, tratando de comprender que no todos pueden ser apóstoles, o profetas, o doctores, etc...y que su amada Iglesia está compuesta de diferentes miembros, y que el ojo no puede ser al mismo tiempo mano. ... La respuesta estaba clara, pero no colmaba sus deseos ni le daba la paz...y siguió leyendo, sin desanimarse, y la reconforto la frase: «Ambicionad los carismas mejores. Y aún os voy a mostrar un camino inigualable”, cierto que el apóstol va explicando cómo los mejores carismas nada son sin el amor... Y que la caridad es ese camino inigualable que conduce a Dios con total seguridad, “caridad que le dio la clave de su vocación”. Comprendió que la Iglesia tenía un corazón, y que ese corazón estaba ardiendo de amor. Así es, solo el amor podía hacer actuar a los miembros de la Iglesia; que si el amor llegaba a apagarse, los apóstoles ya no anunciarían el Evangelio”. Es así como su pequeña alma pudo caer en la cuenta que el amor encerraba en sí todas las vocaciones, que el amor lo era todo, que el amor abarcaba todos los tiempos y lugares... En una palabra, ¡que el amor es eterno...!

Entonces, al borde de su alegría delirante, exclama: “¡Jesús, amor mío..., al fin he encontrado mi vocación! ¡Mi vocación es el amor...!...sí, he encontrado mi puesto en la Iglesia, y ese puesto, Dios mío, eres tú quien me lo ha dado” y sigue: “En el corazón de la Iglesia, mi Madre, yo seré el amor”.

Se reconocía Teresita como una niña, impotente y débil. Sin embargo, es precisamente su debilidad lo que le da la audacia para ofrecerse como víctima a su amor y piensa ella que el amor le ha escogido, aún débil e imperfecta criatura, como holocausto...y dice: “¿No es ésta una elección digna del amor...? Sí, para que el amor quede plenamente satisfecho, es preciso que se abaje hasta la nada y que transforme en fuego esa nada...”

Y así Teresita, quizás con lo aprendido del Santo Padre San Juan de la Cruz, exclama: “Lo sé, Jesús, el amor sólo con amor se paga” y es que la pequeña alma busca y halla la forma de

devolver amor por amor y dice que: “Por eso he buscado y hallado la forma de aliviar mi corazón devolviéndote amor por amor”.

Reflexiona Teresita desde el Evangelio y se siente “como hija de la luz”. Con todo se reconoce como: “la más pequeña de las criaturas” y conoce su miseria y su debilidad y pide a los moradores del cielo que la adopten por hija, sin embargo luego dice a su amor: “Jesús, no puedo ir más allá en mi petición, temería verme aplastada bajo el peso de mis audaces deseos...” Teresita está muy consciente que lo que pide Jesús es el amor, por eso siempre esta deseosa de decir : “amarte, Jesús...”

¿Pero cómo podrá demostrar él su amor, si es que el amor se demuestra con obras? Pues dice Teresita: “Sí, Amado mío, así es como se consumirá mi vida... No tengo otra forma de demostrarte mi amor que arrojando flores, es decir, no dejando escapar ningún pequeño sacrificio, ni una sola mirada, ni una sola palabra, aprovechando hasta las más pequeñas cosas y haciéndolas por amor...”

Teresita no teme decir: “Quiero sufrir por amor, y hasta gozar por amor”. Y se compromete arrojar flores y cuanta flor que encuentre en su camino las deshojará para él, su gran amor y además le cantará sin dejar de preguntarse: “¿Y de qué te servirán, Jesús, mis flores y mis cantos?, confiadamente le reitera que esos cánticos de amor le fascinarán”.

Sigue Teresita; “¡Jesús mío, te amo! Amo a la Iglesia, mi Madre. Y recuerdo, lo que canta el Santo Padre San Juan de la Cruz en Cantico Espiritual, 29,2: “el más pequeño movimiento de puro amor es más útil a la Iglesia que todas las demás obras juntas”.

Y se pregunta la pequeñita alma: “¿Pero hay de verdad puro amor en mi corazón...? Mis inmensos deseos ¿no serán un sueño, una locura...? ¡Ay!, si así fuera, dame luz tú, Jesús”. Y al igual que la Santa Madre Teresa de Jesús nos dice: “Tú sabes que busco la verdad”.

Sigue Teresita: “Sin embargo, Jesús, siento en mi interior que, si después de haber ansiado con toda el alma llegar a las más elevadas regiones del amor, no llegase un día a alcanzarlas, habré saboreado una mayor dulzura en medio de mi martirio, en medio de mi locura...” “Así pues, déjame gozar durante mi destierro las delicias del amorY . Déjame saborear las dulces amarguras de mi martirio...”

Exclama Teresita: “Jesús, Jesús, si tan delicioso es el deseo de amarte”, Y luego se pregunta: “¿qué será poseer al Amor, gozar del Amor...?...¿Cómo puede aspirar un alma tan imperfecta como la mía a poseer la plenitud del Amor...?”

Prorrumpe Teresita: “¡Oh, Jesús, mi primer y único amigo, el único a quien yo amo!, dime qué misterio es éste. ¿Por qué no reservas estas aspiraciones tan inmensas para las almas grandes, para las águilas”, quizás como las águilas a las que se refiere Teresa de Jesús, (V20, 29) que puede mirar al Sol, pero Teresita solo se considera “un débil pajarito cubierto”...no es una águila, pero de esta noble ave dice que: “sólo tengo de águila los ojos y el corazón” pero “a pesar de mi extrema pequeñez” se atreve a “mirar fijamente al Sol divino, al Sol del Amor, y mi corazón siente en sí todas las aspiraciones del águila...”

Reflexiona luego como el pajarillo quisiera volar hacia ese Sol brillante que encandila sus ojos, “es también otra debilidad del pajarito cuando quiere mirar fijamente al Sol divino y las nubes no le dejan ver ni un solo rayo”.

Exclama Teresita: “¡Oh, Verbo divino!, tú eres el Aguila adorada que yo amo, la que atrae . Eres tú quien, remontándote hacia la Luz inaccesible que será ya para siempre tu morada, sigues viviendo en este valle de lágrimas, escondido bajo las apariencias de una blanca hostia...Aguila eterna, tú quieres alimentarme con tu sustancia divina, a mí, pobre e insignificante ser que volvería a la nada si tu mirada divina no me diese la vida a cada instante”.

Y luego sigue hablándole a Jesús: “Jesús, déjame que te diga, en el exceso de mi gratitud, déjame, sí, que te diga que tu amor llega hasta la locura...¿Cómo quieres que, ante esa locura, mi corazón no se lance hacia ti? ¿Cómo va a conocer límites mi confianza...? Sí, ya sé que también los santos hicieron locuras por ti, que hicieron obras grandes porque ellos eran águilas...Jesús, yo soy demasiado pequeña para hacer obras grandes..., y mi locura consiste en esperar que tu amor me acepte como víctima... Mi locura consiste en suplicar a las águilas mis hermanas que me obtengan la gracia de volar hacia el Sol del amor con las propias alas del Aguila divina...”

Y más adelante sigue: “Durante todo el tiempo que tú quieras, Amado mío, tu pajarito seguirá sin fuerzas y sin alas, seguirá con los ojos fijos en ti. Quiere ser fascinado por tu mirada divina, quiere ser presa de tu amor..

Y con ese mismo amor medita: “Un día, así lo espero, Aguila adorada, vendrás a buscar a tu pajarillo; y, remontándote con él hasta el Foco del amor, lo sumergirás por toda la eternidad en el ardiente Abismo de ese amor al que él se ofreció como víctima”.

El 8 de septiembre de 1896, Teresita le escribe a su querida sor María del Sagrado Corazón:

¡Jesús, Amado mío!, ¿quién podrá decir con qué ternura y con qué suavidad diriges tú mi pequeña alma!”. Las siete veces que aparece esta expresión, Teresa la subraya. El adjetivo pequeño se utiliza treinta y ocho veces en diez páginas y añade Teresita: “¡cómo te gusta hacer brillar el rayo de tu gracia aun en medio de la más oscura tormenta!” Es la prueba de la fe, evocada de forma explícita, aunque velada.

Y sigue reflexionando:“Jesús...pensando en los sueños misteriosos que a veces concedes a ciertas almas, me decía a mí misma que debía de ser un consuelo muy dulce tener uno de esos sueños...Por la noche, mi alma, observando las nubes que encapotaban su cielo, se repitió a sí misma que aquellos hermosos sueños no estaban hechos para ella, y se durmió bajo el vendaval...”

Finalmente Teresita reflexiona:

¡Que no pueda yo, Jesús, revelar a todas las almas pequeñas cuán inefable es tu condescendencia...!

Estoy convencida de que, si por un imposible, encontrases un alma más débil y pequeña que la mía, te complacerías en colmarla de gracias todavía mayores, con tal de que ella se abandonase con entera confianza a tu misericordia infinita.

¿Pero por qué estos deseos, Jesús, de comunicar los secretos de tu amor? ¿No fuiste tú, y nadie más que tú, el que me los enseñó a mí? ¿Y no puedes, entonces, revelárselos también a otros...?

Sí, lo sé muy bien, y te conjuro a que lo hagas. Te suplico que hagas descender tu mirada divina sobre un gran número de almas pequeñas... ¡Te suplico que escojas una legión de pequeñas víctimas dignas de tu AMOR...!

Lo que ha escrito Teresita, en el Manuscrito B es evidentemente una «carta de amor» a Jesús. Apunta Teresita con su pluma: “...Al escribir, me dirijo a Jesús; así me resulta más fácil expresar mis pensamientos...”

Pedro Donoso Brant